

BIBLIOGRAFIA

Obras de D. José de la Torre y del Cerro, Cronista Oficial de la Provincia. Tomo I. Servicio de Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Córdoba. 1955. Imprenta Provincial. Córdoba.

Merced a la diligencia del Diputado provincial D. José Diéguez Ortiz, Jefe de la Comisión de Educación de la Corporación Provincial, y afortunado gestor de otras empresas culturales de la capital y provincia, la Diputación acometió la edición de diversas publicaciones, siendo la de mayor envergadura las obras de don José de la Torre.

Realmente la labor investigadora de uno de nuestros más sobresalientes eruditos estaba dispersa, y su colección era necesaria para la historia, no solo de Córdoba, sino de la proyección cordobesa en otros sectores, especialmente en tierras americanas.

Nuestro BOLETIN es el primer depositario de esas publicaciones de don José de la Torre, pero otras revistas y opúsculos sueltos proclamaban la actividad literaria de nuestro colega académico, y su reunión, ya decimos, es una notable aportación a la cultura cordobesa.

El hermoso tomo de 416 páginas, contiene al principio los datos biográficos del autor y a seguida se insertan diecisiete trabajos, cuyo índice es clara muestra de aquella aportación fundamental.

Son de excepcional interés La familia de Cervantes, en los que demostró la progenia netamente cordobesa del autor del Quijote, Cinco documentos cervantinos, La casa donde nació Góngora, Fernando de las Infantas, La capilla del Inca, Cordobeses en el Perú, La conquista de Nueva Granada, Los fundadores de las Córdobas de América, Don Lope de Sosa, El renegado Solimán del Pozo en la batalla de Alcázarquivir, Benito Daza de Valdés, Documentos referentes al Gran Capitán, El Alcázar cristiano, Altares taurólicos y La industria de la seda en Córdoba.

La obra de don José de la Torre, sobre todo si se publicaran las fichas y documentos íntegramente copiados de nuestro Archivo de Protocolos, ocuparía varios tomos de la categoría del publicado, y sería sensible que así no sucediera.

Merece plácemes la Diputación Provincial de Córdoba, por la edición de estas obras y hacemos votos por la continuación de la que puede ser una hermosa colección que honre aún más las glorias cordobesas.

Nuestro hablar insumiso, por Andrés M.^a del Carpio. Madrid. 1957. Dedicado a la Real Academia de Córdoba.

El autor, nuestro comprovinciano, residente en Ginebra como funcionario de la ONU, dedica sus quehaceres literarios a los problemas y disquisiciones del lenguaje.

En sus libros anteriores — Sonoridad del Castellano, Cavilaciones sueltas de Pirrhóneos — ya acomete estos estudios, en un donoso estilo, entre anecdótico y científico, y ahora continúa con el tema general, desde otras facetas ininteresantes, que le convierten ya en una autoridad de nuestro idioma.

Palomino, por Jnan Antonio Gaya Nuño. Servicio de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba. Imprenta Provincial, 1957.

La Capilla de San Bartolomé y su restauración, texto de Juan Bernier. Servicio de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba. 1957.

Canciones populares de Córdoba, originales de Ramón Medina. 1957.

En un hermoso portfolio la Comisión organizadora del homenaje a este inspirado y ya popularísimo compositor, ha reunido las principales obras musicales, rindiendo con ello un tributo de admiración y mecenazgo al maestro Medina.

A la luz de mis velones, por Antonio Roldán. Poesías. 1956 Editado por el Excmo. Ayuntamiento de Lucena.

Dos conferencias del Doctor Blanco Soler. Servicio de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba. 1954. Nuestra experiencia en el uso médico de los isótopos radiactivos; La vejez desde el punto de vista médico.

Ornamentación vegetal de los patios cordobeses, por Victor Escribano Ucelay. Conferencia en la Escuela de Arquitectura de Madrid. 1956.

Córdoba, colección Temas españoles, por Octavio Díaz-Piniés y Fernández Pacheco. Madrid, 1955. Es una historia anecdótica de la ciudad.

Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, por Mignel Muñoz de San Pedro (1400-1453). Colección de Estudios Extremeños. Cáceres, 1949.

Monografía muy interesante por haber pertenecido a este ilustre personaje extremeño los términos cordobeses de Fuente Obejuna, Hinojosa, Belmez y Espiel, y la antigua Gahete, que cambió su nombre por el de Belalcázar, por el soberbio castillo que construyó.

Las viejas an'iparras. En la colección de publicaciones médicas que hacen los Laboratorios del Norte de España, este opúsculo de vulgarización, editado en 1934, reserva el debido lugar, en la historia de las lentes, a los conceptos de Séneca, y al libro de Daza de Valdés, sobre uso de los anteojos.

Breve conspecto de la Oftalmología árabe. De la colección anterior, este tratadito del Dr. Pansier, lo avaloran un prólogo y notas del profesor Millás Vallicrosa, quien fija muchos conceptos históricos relativos a la participación de los médicos españoles de la época árabe en ese ramo de la medicina.

Biografía de Don Juan Valera, por Carmen Bravo-Villasante.—Editorial «Aedos».—Barcelona.—345 páginas.

He aquí a don Juan Valera, más que en un retrato de cuerpo entero, en una galería de espejos que nos devuelve su imagen en variedad de perfiles, efecto que Carmen Bravo-Villasante, biógrafa y semblancista, tenía que buscar, y lo ha conseguido, dados los diversos aspectos que personaje tan peregrino ofrece a la consideración histórica.

En la bolsa, hartó sensible, de los valores literarios, don Juan Valera gana puntos de día en día, y conste que era ya alta su cotización en la crítica y lectores de su tiempo; nada menos, en amplia cronología, que el de Cánovas y Castelar, Galdós y Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas... Con la mayor parte de los personajes que le fueron coetáneos sostuvo Valera correspondencia muy asidua. Esta asiduidad epistolar le ha favorecido extraordinariamente, ya que el hombre no desmerece en absoluto del escritor. Valera es igualmente grande a una y otra luz, no siendo fácil, ciertamente, la prueba a que se

somete a quien, escribiendo muchas cartas, descubre zonas de intimidad que el lector de la obra literaria no puede percibir ni apenas imaginar. Es claro que Valera suele mantenerse a la defensiva contra la confidencia extremada, en la trinchera última de la ironía, la salvedad y el matiz. Pero así y todo, de sus cartas a Menéndez Pelayo, publicadas en un volumen sobremanera interesante en su doble vertiente, surge un Valera muy aproximado a lo que realmente fuese, y como otras muchas cartas han visto también la luz, por ejemplo, las recopiladas por Cyrus de Coster, Carmen Bravo-Villasante ha dispuesto, inicialmente, de unas fuentes documentales que no alumbran tan caudalosamente en otros campos biográficos. Pero la autora, además, ha investigado mucho y con fortuna, habiéndole sido dada la posibilidad de explorar el archivo de familia, gracia a la depurada inteligencia de doña Dolores Serrat Valera, nieta de don Juan, actitud que debe ser señalada como ejemplo a tantos y tantos españoles que guardan papeles de sus ascendientes ilustres, con mucho mayor recelo e ignorancia que celo y conocimiento, cuando no los malvenden o destruyen.

Carmen Bravo-Villasante, pues, ha buscado a Valera en los documentos que más auténticamente recogen su pulsación —siempre hasta cierto punto aparte las oportunas fuentes bibliográficas que, en definitiva, no bastarían para situar la figura del gran escritor a plena luz si la autora no fuese dueña, a la vez, de pluma muy aguda, suelta y sensible. Tan sensible a la comprensión del biografiado, que se da perfecta cuenta del enigma psicológico, y tal vez ideológico también, en que Valera gustó de envolverse. Ya «Clarín», en 1881, escribía: «Valera es la esfinge de nuestra literatura actual. Hablar de Valera es exponerse a no acertar. Que Valera es así que es de este otro modo...; siempre será exagerada cualquier afirmación.» Carmen Bravo-Villasante nos recuerda esas palabras de «Clarín» y reconoce la «multitud de interrogaciones a que Valera da lugar: «figura desconcertante y contradictoria». No cabe mayor tino que el aplicado por la autora a la interpretación del carácter de Valera, según sus textos más o menos confidenciales. Dijérase que Valera se sentía ajeno a todo grupo y escuela o corporación, por respetable que fuese, necesitaba franquearse con las personas de su intimidad en mayor grado que cualquier hombre de mecánica adaptación al medio.

Nos parece que Valera sigue la línea de los disconformes a lo Jovellanos y a lo Larra; también a lo Cánovas, sólo que éste halló el derivativo de una vocación política que le impuso la misión de remediar los males que tanto le preocupaban. También Valera experimentó, a la edad de todas las tentaciones, la atracción de la carrera política, a la que no tardó en renunciar, y no porque dejase de sonreírle la fortuna, ya que después de la Subsecretaría del Estado hubieran sido para él cargos más elevados aún. Por cierto que hacia esos mismos días Valera escribe un artículo en el que tal vez encontremos la fórmula superatoria de sus contradicciones: «Los que buscamos y queremos la reconciliación, los que somos liberales y católicos a la vez, debemos probar que ni es de la esencia del liberalismo ser impío, ni de la esencia del catolicismo repugnar la civilización y el progreso.»

Por esas muestras, fácilmente se advierte el interés y la eficacia con que Carmen Bravo-Villasante se interna en la vida de Valera, animando un rico acervo documental. Insistimos en la fuente epistolar, porque gracias a ella, Valera perviviría, aunque no hubiese escrito libro alguno. El más vivo ingenio, la cultura más profunda y el conocimiento más sagaz del ser humano, se dan cita en las cartas de Valera, haciéndonos pensar, no obstante sus radicales variantes, en Ganivet y Unamuno, epistológrafos de calidad. Lástima grande que la presura de nuestros días ponga en trance de muerte el noble arte de escribir cartas.

La erudición no basta, repitémoslo, por mucho que agote sus recursos, para revivir un personaje. No hay un buen biógrafo en el que no alienten posibilidades de novelista. Carmen Bravo-Villasante contó hace tres años la vida de Bettina Brentano, en libro verdaderamente exquisito, porque el rigor del dato vibra con el interés de la narración y adquiere un cierto aire poético: cualidades que avaloran también esta «Biografía de don Juan Valera». Sin el menor abuso de los resortes literarios, con un bien calculado mecanismo de sobrio y matizado estilo, la autora comunica a sus lectores la emoción de una vida muy complicada, que en gran parte fué donjuanesca. Expertísimo en el trato de la mujer, fué Valera: escritor que nunca se aisló de la vida, y si supo de sus fruiciones, hizo frente, también, a no pocas amar-

guras. Valera no se llamaba don Juan en vano. Por mucho que su obra literaria le realzase, el hombre que había en Valera se bastaba y se sobraba para atraer a las mujeres. Los episodios amorios, dramáticos a veces, de Lucía Palladi, Malvina Saavedra, Catalina Bayard... están referidos en este libro con fino tacto, así como alude a las relaciones conyugales de Valera, y la emoción del lector sube de punto al llegar a los años de la vejez, de la ceguera, de la melancolía ya irremediable, cuando don Juan, acogido a su biblioteca, pide a su mujer que le lea, que cante, acompañándose al piano,.. Acierto grande de la autora es la «ambientación» que logra con su habitual sobriedad, y por el fondo de vida española sobre el que se recorta la silueta de Valera, el lector recibe impresiones de una dilatada realidad histórica. La longevidad de Valera le permitió abarcar poco menos que un siglo. El niño que conoció a Espronceda, en los baños de Carratraca, llegó a leer las novelas de Baroja, mejor dicho, a oírlas, leídas en voz alta, por persona de su intimidad. No sólo es vida española la que presta ambiente a esta biografía de Valera, sino la vida en centros europeos y americanos de poderosa sugestión: Nápoles y Río de Janeiro, en los primeros destinos diplomáticos; Washington y Viena, ya ministro o embajador, pasando por San Petersburgo, como secretario de la fastuosa embajada del duque de Osuna.

Hombre y escritor son consustanciales, y aunque una biografía no es un estudio crítico, no se puede prescindir de la obra creada por el personaje cuya vida se narra. Carmen Bravo-Villasante, aborda con buen criterio la producción de Valera, y hay que reconocerla, «verbi gratia», el tino con que valora la casi desconocida novela «Mariquita y Antonio», y con que alude a la obra poética del gran prosista. Valera halló en el verso una forma de evasión. Recóndito y expansivo fué Valera. Tal es una de sus características antinomias.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

de la Real Academia Española.

Revistas

Lo Saví o Libre de Séneca, por José L. Pensado. «Archivum», Oviedo, 1958.

La aportación de la Diócesis de Jaén a los martirios de los mozár-

- bes cordobeses del siglo IX**, por Juan Montijano Chica «Boletín del Instituto de Estudios Giennenses», enero-marzo 1958,
- «*La epístola de San Eulogio y el Muqtabis de Ibn Hayyan*», por Claudio Sánchez Albornoz. «Príncipe de Viana», Pamplona, 1958
- «*Temas de España en la literatura medieval francesa*», por José L. Pensado. «Archivum». Oviedo, 1958.

Recoje las citas de Cordres (Córdoba) y sus riquezas y pujanza derivadas de los tiempos califales.

- «*De marmolista a primer escultor de Fernando VII. Eso fué y a eso llegó Don José Alvarez Cubero*», por Gonzalo González Román. Con un retrato del biografiado. «Adarve», Priego 26 enero 1958.
- «*Córdoba ciudad siempre fiel a Carlos I, conmemora el IV Centenario de su muerte*». Fuimos la quinta urbe de España cuando reinaba el emperador de occidente, nos dejó entre otras mercedes ordenanzas para el gobierno del Concejo municipal; don Antonio de la Cueva, don Luis de la Cerda y don Hernán Pérez de Luján, grandes corregidores cordobeses de la época, por Miguel Angel Orti Belmonte. Muchos testimonios recuerdan la gloria de S. M. Cesárea en nuestra ciudad, papeles valiosos, monumentos, lugares y objetos evocadores, el gran monarca se arrepintió noblemente de edificar una catedral dentro de la mezquita, por José María Rey Díaz. Solemnes honras fúnebres dedicó la iglesia de Córdoba al soberano insigne, por Rafael Aguilar Priego. «Córdoba», 21 septiembre 1958.

«*López Neira, cordobés ilustre, fué el mejor helmintólogo de España*», por Rafael Castejón. «Córdoba», 4 septiembre 1958.

«*La tamosa "gloria" de Palomino se cree podrá ser salvada*», por Francisco Navarro Calabuig. «Córdoba», 5 septiembre 1958.

«*Valera o la ficción libre*». Ensayo de interpretación de una anomalía literaria, por José F. Montesinos. Madrid, 1957. Reseña literaria en «Archivum», Oviedo, 1958.

«*Para un epistolario Valera-Tamayo y Baus*», por Ramón Esquer Torres. «Boletín de la Real Academia Española», enero-abril de 1959,

«*Las tuentes y los temas del Polifemo de Góngora*», por Antonio Vilanova. Madrid, 1957, 2 vols. (Revista de Filología Española. Anejo LXVI).

Este moderno elucidario del Polifemo puede constituir una obra de consulta muy útil para los críticos de la poesía espa-

ñola del siglo de Oro. Revela, por parte del autor un dominio asombroso de las literaturas antiguas y de las europeas del renacimiento y el barroco, a través de las cuales fluyeron, a impulsos del principio de la imitación poética, los temas, tópicos y procedimientos que en Góngora culminan. El sistema seguido en este trabajo es el tradicional de ir comentando, estrofa a estrofa, el texto íntegro. Aclarado el sentido de una octava, se descompone ésta en cuantas partes se diferencien lo bastante para poder señalar su procedencia. El profesor Vilanova empieza en todos los casos por reunir las noticias que dan los comentaristas del siglo XVII sobre las fuentes greco-latinas del pasaje en cuestión, y a continuación suma a estas citas clásicas otras europeas, principalmente italianas y españolas, que corresponden al mismo grupo temático.

Es interesante la introducción, dedicada principalmente a historiar la teoría de la imitación y la erudición poética. Hallamos en ella también listas de autores y obras que son fuente más o menos directa de Góngora, y alguna somera indicación de lo que pudiera ser la interpretación crítica, voluntariamente soslayada en este libro, de la portentosa labor erudita realizada por el autor.

Tres copiosos índices —«comentado de cultismos», analítico de temas» y «de autores y obras citados»— permiten utilizar con comodidad y provecho este vasto repertorio de motivos poéticos.

M.^o SOLEDAD CARRASCO URGOITI

St. John's University

(Revista Hispánica Moderna, julio 1959, Nueva York).

«*Fonología y fonética*» (a propósito de las vocales andaluzas), por E. Alarcos Llorach. «Archivum», Oviedo, 1958.

«*Las obras hidráulicas en la provincia de Córdoba*», por Rafael Cabanás. «Acción», Córdoba, enero, 1958.

«*Córdoba. En la romería de la Virgen de Linares se baila el vito y la soleá. Castro del Rio un pueblo que languidece y donde los hombres emigran*», por Carmen Deben. «Pueblo», Madrid, 12 junio 1958.

«*Un gran mosaico romano ha sido descubierto en las obras de la*

Corredera, por Francisco Navarro Calabring. «Córdoba», 16 octubre 1958.

Entrevista con el profesor García Bellido, quien data el mosaico en la segunda mitad del siglo III.

«*Vida y Comercio*». Córdoba. Mayo-junio 1958. El 25 de mayo fué inaugurado el Aeropuerto de Córdoba. La tauromaquia de Goya, por Vicente Orti Belmonte. Curiosidades históricas cordobesas (el privilegio de las carnicerías y las ollerías), por Rafael Aguilar. La VIII Exposición de Montilla.

«*El Cronista del Valle*», Pozoblanco 8 noviembre 1958. Exaltación del Cronista Sepúlveda en la conmemoración de Carlos V; importante acto académico en Pozoblanco. Extensa reseña del acto celebrado y otros originales alusivos

Anales de la Universidad Hispalense, Sevilla, 1957-58. «Densidad real y aparente de un grupo de merinos de la Estación Pecuaria de Priego (Córdoba), por Gumersindo Aparicio.

